EDITORIAL

Este mes de mayo se celebra en Barcelona un acontecimiento de primer rango internacional: el XXX Congreso Mundial de la Federación Internacional de Vivienda y Urbanismo. Más de mil quinientos delegados de todo el mundo reunidos para preocuparse en el estudio de dos problemas actuales y discutidos: las íntimas relaciones entre Urbanismo y Turismo y los modernos métodos para la financiación de la vivienda social. Preocupaciones universales.

Por supuesto que ni éste ni ningún Congreso podrá brindarnos la fórmula mágica de una solución general. Sería imposible. Las soluciones siempre son consecuencia de los problemas particulares, distintos, de cada país. Pero esto no quiere decir que los Congresos sean en algún modo poco eficaces. Bien al contrario. Si es cierto que lo más difícil de todo problema es llegar a plantearlo correctamente, podemos afirmar que estas reuniones internacionales resultan altamente eficaces. Siempre significan—más aún para el propio país organizador—un profundo examen de conciencia y un severo pase de revista. Hemos de analizar nuestra situación, causas y consecuencias, para tomar contacto con la realidad extranjera, conociéndola tanto en su aspecto concreto como en la solución específica. Tal visión única y global, que sumada a los contactos personales permiten definir con la claridad posible los rasgos generales de nuestros problemas y las vías experimentadas o posibles de solución.

Pero el Congreso de Barcelona posee una faceta aún más importante. Hemos visto durante años—desde 1966—preparar paso a paso, punto por punto, todos los detalles de la reunión. Conocemos el cuidado extraordinario con que han sido redactadas las ponencias, estudiadas las comunicaciones o montada la exposición. Por ello nos está permitido asegurar que el mejor fruto ya se ha recogido: demostrarnos que el éxito nunca es hijo de la improvisación.

Hace unos días ha muerto en Madrid un arquitecto: LUIS ALEMANY SOLER.

Muchos compañeros lo conocían y lo llamaban con afecto el profesor Alemany.

Pocas veces estuvo más apropiado y justo este título de profesor para quien, sin serlo, hizo de toda su vida un profesorado.

Hizo profesión de muchas cosas de una forma abnegada y sencilla, sin más que cumplir en todo momento lo que él entendía como su deber, pero con una propia exigencia profesional, que para los que conocían y trataban a Luis Alemany siempre fue un ejemplo a seguir.

Ha muerto un buen arquitecto, que fue, además, un cumplido caballero. Muchos compañeros lo recordaremos siempre y echaremos de menos tantas consultas que el profesor Alemany supo atender con afecto y orientar con recto criterio.

DESCANSA en PAZ, querido amigo y compañero.